

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

67

JOSE ANTONIO PORTUONDO
LITERATURA Y SOCIEDAD
EN HISPANOAMERICA



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

JOSE ANTONIO PORTUONDO
**LITERATURA Y SOCIEDAD
EN HISPANOAMERICA**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

JOSE ANTONIO PORTUONDO (1911), crítico social cubano de la literatura y cultura latinoamericana. Entre sus obras se encuentra *Porceso de la cultura cubana* (1939), *El contenido social de la literatura cubana* (1944), *El heroísmo cultural* (1955), *Bosquejo histórico de las letras cubanas* (1960), *Estética y Revolución*, (1963) y *La Emancipación literaria de Hispanoamérica* (1975). Participante activo en el proceso de la Revolución Cubana ha sido encargado de diversas funciones en el campo de la cultura. Igualmente ha sido embajador en México y actualmente ante el Vaticano.

Culturalmente ha sido, como otros miembros de su generación que participan en el proceso revolucionario, guardian de la tradición latinoamericana de la que esta revolución se considera expresión. La Revolución Cubana no surge del aire, tiene una larga tradición, la de su historia como lucha por la libertad, de la que es símbolo cubano Martí y a nivel latinoamericano Bolívar y sus pares. En estos abuelos encuentra Portuondo la promesa de la liberación que, en la América Latina, se intenta realizar por diversas vías, entre ellas la socialista del pueblo cubano. El trabajo que se publica forma parte del libro *La Emancipación Literaria de Hispanoamérica*.

LITERATURA Y SOCIEDAD EN HISPANOAMERICA

José Antonio Portuondo

Hay una constante en el proceso cultural latinoamericano y es la determinada por el carácter predominante instrumental —Alfonso Reyes diría “ancilar”— de la literatura, puesta, la mayor parte de las veces, al servicio de la sociedad. No se trata, conviene subrayarlo, de la insoslayable relación dialéctica entre la base económica y las diversas esferas de la superestructura —la literatura incluida de modo eminente—, ni del carácter reflejo de las manifestaciones artísticas, como sostiene la estética marxista. Aunque rechazemos el concepto ingenuo del reflejo como reproducción especular de la realidad —expuesto como fórmula del realismo crítico por Stendhal—, aceptamos plenamente su legítima formulación leninista —profundizada y ampliada por la reflexología pavloviana—, como *respuesta condicionada* a una *señal*, integrante de la realidad, que provoca y determina, no una copia servil de ésta, sino una nueva realidad en la que señalada se revela y ensancha sus fronteras, acercándonos cada vez más al ritmo esencial del universo. Las relaciones entre la realidad latinoamericana y la literatura se caracterizan porque, en grado mayor o, al menos, de modo más ostensible y constante, la vida y la letra de Nuestra América se sirven mutuamente, se estrechan y confunden de continuo en irrompible unidad. Desde sus inicios, el verso y la prosa surgidos en las tierras hispánicas del Nuevo Mundo revelan una actitud ante la circunstancia y se esfuerzan en influir sobre ella. No hay escritor u obra importante que no se vuelque sobre la realidad social americana, y hasta los más evadidos tienen un instante apoloético o criticista frente a las cosas y a las gentes. Paralelamente a la expresión, culta, va la popular dándonos cuenta, con agudeza y donaire crecientes, del cotidiano existir de los diversos grupos humanos que se esfuerzan por llegar a ser naciones, contra todos los coloniajes —antiguos y “neos”— y frente a todos los imperialismos. Y así, desde los primeros tiempos las literaturas hispánicas del Nuevo Continente marchan por los cauces, de continuo confluentes, de lo culto y de lo popular, reflejando e impulsando el agónico vivir latinoamericano, con ocasionales meandros preciosistas, en los cuales la letra parece olvidarse de la vida circundante y viabiliza caminos de evasión. Pero aún en estos casos, la evasión denuncia un desajuste entre el escritor y su medio social que, a veces, se hace explícito en un verso, en un pá-

rafo o en alguna otra manifestación al margen de la pura actividad creadora. En cualquier forma, la literatura es influida por la existencia social e influye, a su vez, sobre ella, en interminable juego dialéctico de acciones recíprocas, de fuerzas contrapuestas.

Cuando la América recién hallada no tiene aún voz propia —incomprendidas y silenciadas brutalmente las grandes culturas precolombianas— y es sólo un tema de la curiosidad europea, ya impone rasgos nuevos en las relaciones de viajeros y cronistas e inaugura tonos que permanecerán en las futuras letras del Nuevo Mundo. Quien lo descubre y lo describe por vez primera, Cristóbal Colón (1451-1506), inicia las formas modernas de la propaganda comercial cuando pondera hiperbólicamente la mercancía que trata de imponer. Colón, gran viajero que, según propia confesión, conocía, desde Inglaterra hasta Guinea,¹ todas las costas atlánticas, y estaba familiarizado, además, con los bellos paisajes del Mediterráneo, se dice en continuo pasmo ante los cayos, islotes e islas que le salen al paso a sus carabelas, y ante los desnudos e ingenuos arawakos, cuando busca afanoso las tierras fabulosas del Oriente descritas por Marco Polo. Hay que hacer apetecible a los Reyes Católicos lo descubierto, pobre y escaso, en este primer viaje a lo desconocido, y ni siquiera tiene la precaución de variar o graduar los adjetivos. La isla mínima de San Salvador (*Guanahani*), primera con que tropiezan sus cansadas quillas, “toda ella es verde, que es placer de mirarla”.² Fernandina (*Inagua chica*) “es la isla muy verde y llana y fertilísima”; las plantas parásitas que disfrazan de diversos y disformes modos los grandes árboles tropicales, le parece “que es la mayor maravilla del mundo”,³ y todavía añade: “En este tiempo anduve así por aquellos árboles, que es la cosa más pasmosa de ver que otra que se haya visto.”⁴ La Isabela (*Inagua grande*) resulta “la isla más hermosa cosa que yo ví; que si las otras son muy hermosas, ésta es más”. Luego añade: “Y llegando yo aquí a este cabo vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra que es la cosa más dulce del mundo.”⁵ Ya es sabido que de Cuba dijo “que es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto”⁶ y, refiriéndose al puerto que ahora se llama Nuevi-

¹ “Yo he andado veinte y tres años en la mar, sin salir della tiempo que se haya de contar, y vi todo el Levante y Poniente, que dice por ir al camino de Septentrión, que es Inglaterra, y he andado la Guinea”, etc. Cristóbal Colón: *Diario de navegación* p. 143. Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1961.

² 13 de oct. de 1492, lug. cit., p. 51.

³ 16 de oct. de 1492, lug. cit., p. 59.

⁴ 17 de oct. lug. cit., p. 61.

⁵ 19 de oct. de 1492, lug. cit., p. 64.

⁶ 28 de oct. de 1492, lug. cit., p. 73.

tas, anota el Padre Las Casas en su transcripción del *Diario de Colón*: “Dice más, que aquel *puerto de Mares* es de los mejores del mundo”.⁷ Andando por tierras cubanas de Maisí, en el extremo oriental de la isla, asienta con absoluta rotundidad: “Y certifico a vuestras Altezas que debajo del sol, no me parece que las puede haber mejores en fertilidad, en temperancia de frío y calor, en abundancia de aguas buenas y sanas.”⁸ Pero inmediatamente dirá de la Española (*hoy Haití y Santo Domingo*). “ques la más hermosa cosa del mundo”⁹, reforzando la afirmación en esta forma: “En toda Castilla no hay tierra que se pueda comparar a ella en hermosura y hondad”;¹⁰ y ratifica todavía, más adelante: “Crean vuestras Altezas que estas tierras son en tanta cantidad buenas y fértiles y en especial estas desta *isla española*, que no hay persona que no lo sepa decir, y nadie lo puede creer si no lo viere.”¹¹

Al dirigirse a los socios capitalistas de su empresa, a los cuales no puede ofrecer oro ni piedras preciosas ni especias, apela Colón, con sagaz sentido de la propaganda comercial capitalista, a una excitante, aunque no variada descripción de tierras feraces en qué volcar el excedente humano de la Reconquista, con mano de obra esclava, inclusive, lista para su servicio.

Con Colón llegó la hipérbole. Con Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566) comenzará la polémica, la lucha ardiente por la justicia. Todavía hoy discuten con saña lascasianos y sepulvedistas sobre los crímenes y la “leyenda negra”, en torno a la Conquista, pero todos los eruditos furios con que se pretende probar la paranoia del fraile son, sin embargo, incapaces de acallar, frente al genocidio de ayer y al de hoy, la apasionada justicia y el generoso humanismo militante del Padre Las Casas:

La humanidad es una (escribe éste), y todos los hombres son iguales en lo que concierne a su creación y todas las cosas naturales y nadie nace genio. De aquí sigue que todos nosotros debemos ser guiados y ayudados al principio por aquellos que nacieron antes que nosotros. Y las gentes salvajes de la tierra pueden ser comparadas a la tierra inculta de la cual surgen las hierbas malas y las espinas inútiles, pero tiene entre sí tal virtud natural que con labor y cultivo puede lograrse que produzca sanos y benéficos frutos.

La hipérbole y la denuncia apasionada están en la raíz de nuestras letras. El gusto sensual con lo aparente, la delectación barroca en cuanto es flor y fruto exuberantes, con lo pa-

⁷ 5 de nov. lug. cit., p. 83.

⁸ 27 de nov., lug. cit., p. 108.

⁹ 11 de dic., lug. cit., p. 125.

¹⁰ 16 de dic., lug., cit., p. 133.

¹¹ Id., p. 135.

rasitario y disforme, que encandiló ya a Colón, convive, se opone y se combina, a veces, con la palabra tajante, el sobrio alegato a la pasión peleadora, a lo largo del proceso literario latinoamericano. Y ambos contribuyen a iluminar y a estimular el vivir de nuestro pueblos.

Cuando los conquistadores comienzan a asentarse an las nuevas tierras, surgen el verso y la prosa cultas para describir lo encontrado y contar lo vivido y, junto a ellos, la voz del pueblo se alza también para dar su versión de los hechos y reclamar su parte en el botín. Ahí está ese formidable diálogo de las paredes, mexicano, en la primera mitad del siglo XVI en

los versos anónimos que los soldados descontentos escribían en los muros blancos de Coyoacán, pidiendo al Conquistador su parte en el oro que, según suponían, tenían éste escondido. El primer poeta conocido es el propio Hernán Cortés, que todos los días, con ingenio y buen humor, contestaba en verso a los malicisos, hasta que, cansado de tanta impertinencia, puso fin a la justa poética con un epigrafe casi latino por su concisión: "Pared blanca, papel de necios". Pero los atrevidos no se callaron, y al día siguiente respondieron en prosa llana: "Aun de sabios, y Su Majestad lo sabrá de presto."¹²

Y a su Majestad llegaban memoriales y poemas como el que compusiera el mexicano Francisco de Terrazas (1525?-1600?), *Nuevo Mundo y Conquista*, en cuyas octavas se duele del olvido que padecen los conquistadores y sus descendientes, pospuestos a los advenedizos¹³ Uno de esos felices advenedizos, Bernardo de Valviena (ca. 1562-1627), se encargará de exaltar, en

¹² Antonio Castro Leal: Prólogo a las *Poesías* de Francisco de Terrazas, p. IX. México, Porrúa, 1941.

¹³ Terrazas traza un cuadro de la sociedad conquistadora y colonizadora en México, durante la primera mitad del siglo XVI, en dos octavas elocuentes:

*Madrastra nos ha sido rigurosa,
y dulce madre pia a los extraños,
con ellos de tus bienes generosa,
con nosotros repartes de tus daños.*

*Ingrata Patria, adiós, vive dichosa
con hijos adoptivos largos años,
que con tu disfavor, fiero, importuno,
consumiendo nos vamos uno a uno.
Que de mil y trescientos españoles
que el cerco de tus muros se hallaron,
y matazando claros arreboles
tus oscuras tinieblas alumbraron,
cuando con resplandor de claros soles
del poder de Satán te libertaron,*

hiperbólicos tercetos, *La Grandeza Mexicana*, impresa en México, en 1604. Pero habrá voz también que reivindique a los conquistadores y nos deje el recuerdo de su grandeza, tan nueva y desusada en la Europa renacentista, que todos la reputan otra muestra de la excesiva hipóbole americana, y así son considerados hasta hoy, por algunos, los *Comentarios reales* (1609-1617) del Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616). Sólo que, en aquella hora del capitalismo naciente, muchos agudos pensadores presienten sus excesos y peligros, y proponen, por remedio al mal que nace, un retorno a tiempos y lugares ideales que estimulan los relatos fabulosos circulantes sobre el Nuevo Mundo, con sus islas paradisíacas y sus gentes sin corrupción y sin malicia, para situar, en alguna de ellas, *Utopía* o edificar reinos sabiamente ordenados, como la *Ciudad del Sol*. Muy pronto la *Utopía* (1516) de Tomás Moro (1478-1535) volverá a América en las alforjas franciscanas de Fray Juan de Zumárraga (m. en 1548), primer arzobispo de México, e inspirará los experimentos colonizadores de Fray Vasco de Quiroga (ca. 1470-1565) en Michoacán.

Letra y vida, en imparable proceso dialéctico, alientan en las nuevas tierras americanas, se confunden con esplendor barroco en los épicos empeños del chileno Pedro de Oña (1570-ca. 1643), en los discretos líricos de la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1659) o en la mordiente sátira limeña de Juan del Valle Caviedes (1652?-1697?). Desde las humildes Capitanías Generales, simples fortines o estaciones de tránsito —como Cuba— del vasto imperio español, hasta los orgullosos virreinos que compiten con la metrópoli en riqueza material y cultural, se eleva el nuevo acento latinoamericano, la voz de un hombre nuevo, producto de nuevas circunstancias geográficas, económicas, sociales, culturales, que integran el Nuevo Mundo. Como afirma Afranio Coutinho, refiriéndose específicamente al Brasil, pero con validez para toda Latinoamérica:

Aquí llegado, en contacto con la nueva realidad, el europeo “olvido” la situación antigua y, ajustándose a la nueva, resucitó como otro hombre, al que vinieron a agregarse otros hombres nuevos nacidos y criados aquí. Ese hombre nuevo, americano, brasileño, engendrado por el vasto y profundo proceso aquí desenvuelto de miscigenación y aculturación, no podía expresarse con el mismo lenguaje del europeo, por eso lo transformó, lo adaptó, lo acondicionó a las nuevas necesidades expresivas, del mismo modo que se adaptó a las

*contados hijos, nietos y parientes,
no quedan hoy trescientos descendientes.*

Ver: Francisco de Terrazas, Poesías, 87. Ed. cit.

nuevas condiciones geográficas, culinarias, ecológicas, a las nuevas relaciones humanas y animales, del mismo modo que adaptó su paladar a las nuevas frutas, creando, en consecuencia, nuevos sentimientos, actitudes, afectos, odios, miedos, motivos de comportamiento, de lucha, alegría y tristeza. Todo ese complejo cultural nuevo tenía que dar lugar a un nuevo arte, a una nueva poesía, a una nueva literatura, a una nueva danza, a un nuevo canto, a nuevas leyendas y mitos populares.¹⁴

En definitiva: sobre nuevas bases económicas, surgió en el Nuevo Mundo, un hombre nuevo y una nueva cultura.

Durante el siglo XVIII comienza a enraizarse una burguesía criolla que tiene ya plena conciencia de sí y resiente la incompreensión y la ignorancia con que miran algunos en la península distante las cosas de América. Y cuando alguien, como el deán alicantino Manuel Martí, trata de disuadir a sus compatriotas de buscar fortuna en la América, fundándose en el atraso de las colonias, principalmente el intelectual de todos los rincones del Nuevo Mundo surgen voces criollas de protesta, como las del erudito peruano Pedro de Peralta Barnuevo (1563-1743), hiperbólico él e hiperbólicamente elogiado por Feijoo; el mexicano Juan José de Eguiara y Eguren (1659-1763), padre de la historiografía literaria latinoamericana, y el historiador cubano José Martín Félix de Arrate (1701-1765) quien frente a los dislates del deán Marín, se acoge al ejemplo de Peralta Barnuevo, “obligándome también el deseo y obligación —afirma— de manifestar que no son estos climas tan estériles de hombres buenos o varones virtuosos como se dice, ni que la prole de los castellanos bastardea en ellos como la buena semilla en ruin tierra”.¹⁵

Por el contrario, la tierra ubérrima estimula el afán de conocimientos de quienes la hacen producir, y engendra una rica generación de sabios como José Celestino Mutis (1732-1808), naturalista que, desde Colombia, se hombrera a Linneo y a Alejandro de Humboldt; como el mestizo ecuatoriano Francisco Eugenio de Santa Cruz Espejo (1747-1795), médico, filósofo, crítico, periodista, una de las más brillantes figuras de la ilustración latinoamericana, que contribuyó a la lucha contra la escolástica y a la introducción de una concepción del mundo acorde con las nuevas realidades económicas.¹⁶ A este em-

¹⁴ Afranio Coutinho: *Conceito de literatura brasileira (Ensaio)*, pp. 18-19. Río de Janeiro, Livraria Académica, 1960.

¹⁵ José Martín Félix de Arrate: *Llave del Nuevo Mundo Antemural de las Indias Occidentales. La Habana descrita: noticias de su fundación, aumentos y estado*, p. 238. La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964.

¹⁶ Ver: Monelisa Lina Pérez-Marchand: *Dos etapas ideológicas del siglo XVII en México a través de los papeles de la Inquisición*. México, El Colegio de Méxi-

peño sirve de modo eminente la prensa periódica que aparece en este siglo, en manos siempre de un patriciado criollo de hombres estudiosos, decididos a divulgar en América las novedades de la ciencia y de la técnica indispensables a su progreso económico e ideológico. En 1772 aparece en México el *Mercurio Volante*, del físico y matemático José Ignacio Bartolache (1739-1790); de 1788 a 1795 circulan, también en México, las *Gacetas de Literatura*, del filósofo y erudito José Antonio Alzate (1729-1799); en 1790 aparece el *Papel Periódico de La Habana*, orientado por el filósofo José Agustín Caballero (1762-1835) y por el médico Tomay Romay (1764-1849), puesto luego al cuidado de la *Sociedad Patriótica* o de *Amigos del País*; el *Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá* saldrá en 1791, editado por el poeta y erudito cubano Manuel del Socorro Rodríguez (1758-1818), y en 1791 aparecen también *El Mercurio Peruano* y las *Primicias de la Cultura de Quito*, redactado por Espejo. Los criollos se afanan por elevar la instrucción pública y por desarrollar la agricultura y la industria americanas, de acuerdo con los procedimientos más novedosos. Y a ese efecto reúnen sus esfuerzos en torno a las Sociedades Económicas de Amigos del País en las que se dan la mano poetas y economistas, educadores y filósofos, en fecundo maridaje de impulsos creadores. También comienzan entonces a sentir los criollos la necesidad de conocer su pasado. Resentidos por la expulsión decretada contra ellos por Carlos III, en 1767 los jesuitas latinoamericanos reaccionan como criollos heridos por el despotismo borbónico y reivindican con orgullo su pasado prehispánico y su derecho a vivir en tierra propia. Y así inician y exaltan la historia precortesiana los jesuitas mexicanos Francisco Xavier Alegre (1729-1788), Francisco Xavier Clavijero (1731-1793), Andrés Cavo (1739-1803), Juan Luis Mancivo (1744-1802), Pedro José Márquez (1741-1820) y otros más. El jesuita guatemalteco Rafael Landívar (1731-1793) cantó en magníficos versos latinos su *Rusticatio Mexicana*, exaltando la tierra americana. Todos contribuyen a crear la conciencia separatista de la burguesía criolla terrateniente. En el Brasil, sobre los antecedentes de Antonio Vieira (1608-1697), el jesuita portugués cautivado por la tierra americana, y de Gregorio de Matos (1633-1696), con quien entra a chorros —no importa que tomándole prestado a los grandes poetas castellanos maneras de expresión— toda la vida mulata, llena de color y de sensualidad, de un pueblo hecho de esencias indias, blancas y negras, se erige el localismo de la poesía narrativa arcádica de José Basilio de Gama (1704 ó 41-1795), cuyo poema *Uruguai* expresa sentimientos contrarios a los conquistadores, revela-

co, 1945; y Pablo González Casanova: *El misonéismo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII. México, El Colegio de México, 1948.*

dos ya por el poeta en un soneto dedicado al gran rebelde peruano Tupac Amaru. Los criollos sienten vibrar sus corazones ante los conceptos de *libertad*, *Independencia*, *revolución*, que les llegan de las Trece Colonias recién liberadas de Inglaterra, y de la Francia, que acaba de proclamar una *Déclaration des droits de l'homme* que el colombiano Antonio Nariño (1765-1832) ha traducido e impreso clandestinamente, en 1794, haciéndola llegar a los más apartados rincones del sur del Continente. Por eso cuando Napoleón invade a España y los diputados de las colonias son enviados a las Cortes de Cádiz, uno de ellos, el más elocuente, el ecuatoriano José Mejía (1777-1813), se atreve a decir:

Se habla de revolución, y que eso se debe desechar. Señor, yo siento, no el que haya que haber revolución, sino el que no la haya habido. Las palabras *revolución*, *filosofía*, *libertad e independencia*, son de un mismo carácter: palabras que los que no la conocen las miran como aves de mal agüero, pero los que tienen ojos, juzgan, yo juzgando digo, que es un dolor que no haya en España revolución.

En España no hubo, ni podía haber entonces, una revolución,¹⁷ pero, en cambio, sí la hubo en las colonias americanas, donde la burguesía criolla de terratenientes había llegado a ser una clase con plena conciencia de sí y aspiraba a dotar a las nuevas relaciones de producción surgidas en el Nuevo Mundo con una superestructura política y administrativa capaz de mantenerlas y hacerlas prosperar. No es necesario insistir en las estrechas relaciones entre la letra y la vida durante la lucha emancipadora, si recordamos que Simón Bolívar (1738-1830) ha dejado páginas de indiscutible valor literario, y que apenas se hallará fugura entre los libertadores que no hubiera dejado huellas en sus respectivos literaturas nacionales. Será, sin embargo, el venezolano Andrés Bello (1781-1856) quien se encargue de lanzar, en sonoros versos neoclásicos, la proclama de nuestra independencia intelectual. Su *Alocucion a la poesía* apareció en Londres, en 1823, antes de Ayacucho, y en ella exhorta a la "Divina Poesía":

*tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.*

¹⁷ Ver al respecto los certeros análisis de Marx en sus artículos "La España revolucionaria", en el *New York Daily Tribune*, septiembre a diciembre, 1854, recogidos en C. Marx y F. Engels: *La revolución española*, pp. 5-72. Moscú' Ediciones en lenguas extranjeras, s. f.

*No te detenga, ¡oh diosa!
esta región de luz y de miseria,
en donde tu ambiciosa
rival Filosofía,
que la virtud a cálculo somete,
de los mortales te ha usurpado el culto;
donde la coronada hidra amenaza
traer de nuevo al pensamiento esclavo
la antigua noche de barbarie y crimen;
donde la libertad vano delirio,
fe la servilidad, grandeza el fasto,
la corrupción culta se apellida.*

Luego vendrá el coro de los poetas que cantan a la Independencia y a sus héroes: el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo (1780-1847), que estuvo antes en las Cortes de Cádiz y habló a favor de los indios, el mexicano Andrés Quintana Roo (1787-1851), el argentino Juan Cruz Varela (1794-1839), todos un poco también poetas "oficiales", a quienes envuelven y sacuden enseguida las luchas caudillistas.

Por eso, acaso, se hace en ellos, el tono, a la postre, desencantado y amargo, como tiñe de intensa melancolía el anhelo no alcanzado de libertad el verso apasionado de quien es entonces el primer poeta romántico, más allá del ropaje neoclásico, el cubano José María Heredia (1803-1839). Bello y Heredia son ejemplos eminentes de americanismo militante: ambos llevan su pasión creadora más allá de sus tierras nativas y se integran a la vida mexicana o chilena, haciendo conciencias como antes Bolívar levantaba naciones. El movimiento independentista había esparcido a escritores y guerreros por todo el continente, contribuyendo a propagar la esencial unidad ideológica latinoamericana, fundada en la básica identidad de sus problemas económicos, políticos y sociales. No importa, que, con la independencia, se enciendan las luchas entre los caudillos, disfrazados de federalistas y centralistas, ni que cada nación se empeñe en levantar, contra las otras, sus caracteres y rasgos peculiares. Hay un afán desmedido de precisar las fronteras nacionales, mientras la letra común descubre la unidad de conciencia americana. Por eso cuando José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) hace la disección de la sociedad mexicana, cada grupo nacional se siente retratado y, a fin de cuentas, es idéntico el afán nativista que enciende los versos del argentino Bartolomé Hidalgo (1788-1823), del peruano Mariano Melgar (1791-1815) y del antillano Domingo del Monte (1804-1853). En todos es el empeño de expresar la nueva conciencia americana, partiendo del hombre del puebló, sacado a flor por la contienda. Del Monte sigue un camino equi-

vocado al pretender que una forma tradicional española, el romance, olvidada ya entre las masas cubanas, encierre el nuevo mensaje. Pero Melgar volverá al *yaraví* e Hidalgo sabrá encontrar, en el habla gaucha, vehículo idóneo para esta poesía de pura raigambre popular. Del Monte, en Cuba, como José Joaquín Pesado (1801-1861) en México, representan la decisión patricia de someter a moldes tradicionales, conservadores, reaccionarios, los nuevos impulsos de raíz popular que surgen explosivamente con el romanticismo.

Los poetas neoclásicos que cantaron las guerras por la Independencia y a sus héroes, convertidos después en caudillos rivales, habían expresado con extraordinaria elocuencia la concepción del mundo de una clase social, el patriciado terrateniente, que aspiraba a sustituir la dominación española por la de los grandes propietarios rurales criollos, sin cambios sustanciales en la estructura económica y social vigente. Pero la masa de los ejércitos estaba integrada por hombres de la gleba, indios, blancos pobres, negros y mestizos de todo tipo, y hubo que atender, en alguna forma, a sus demandas, sobre todo cuando entre sus filas fueron surgiendo sus propios caudillos orgánicos que llegaron a equipararse en poder militar a los patricios. Lo que en Europa costó siglos de sudor y de sangre — el paso de la atomización feudal a la unidad nacional — hubo que hacerlo en apenas tres décadas en nuestra América. Y fue a la luz de experiencias muy posteriores europeas que los pensadores de acá advirtieron que había que comenzar por cambiar la vida para cambiar radicalmente la letra. El argentino Esteban Echeverría (1805-1851) encarna el tipo de este escritor romántico latinoamericano que quiso dotar de un nuevo estilo, en la vida y en la letra, a su país desgarrado por las contiendas civiles. A Echeverría se ha intentado rebajarle los méritos de fundador e impulsador, subrayando sus deudas intelectuales, pero ni vale menos su *Dogma socialista* por lo que haya en él de Saint-Símon y de Lammenais, de Mazzini o Lerminier, ni las debilidades de *La Cautiva* podrán opacar su fecunda popularidad ni hacernos olvidar el poderoso aliento que emana de las páginas realistas de *El matadero*. Pero, sobre todo, con todas sus limitaciones, Echeverría perdura por la cerrada unidad de vida y de obra, ejemplo del escritor romántico latinoamericano que intentó cambiar la estructura de la sociedad para viabilizar los caminos de una nueva conciencia y una nueva expresión.

Tras él — y tras todos los románticos que vivieron y escribieron más o menos como él — vino la generación de los fundadores, de los ideólogos de aquella burguesía liberal que intento sustituir el caduco ordenamiento de los terratenientes por el capitalismo moderno. Es la hora de Alberdi (1810-1884), de Mitre

(1821-1906) y de Sarmiento (1811-1885). *Las bases* de Alberdi fundan la vida constitucional argentina, desterrando la anarquía; el *Facundo* de Sarmiento será siempre uno de los libros capitales de nuestra América, que se adelanta a esa peculiar interpenetración de géneros —sociología, biografía, novela o historia— que algunos creen ingenuamente patrimonio exclusivo de nuestra hora presente, y que no es sino expresión de la necesidad inaplazable de unificar vida y poesía en la averiguación agónica de la raíz de nuestros grandes problemas colectivos. Y cuando surgen los caudillos letrados reaccionarios, frente a ellos se levanta, violenta, incontenible, la palabra denunciadora, insultante si es necesario, del ecuatoriano Juan Montalvo (1832-1889) o la del peruano Manuel González Prada (1848-1918). Con la lenta penetración del capital extranjero prosperan las ciudades, se desarrolla la industria, crece el interés, la preocupación por la ciencia y por la técnica contemporánea. El tema rural, en la literatura narrativa sobre todo, va mostrando la profunda transformación que sufre América, en sus paisajes y en sus gentes, en sus costumbres y hasta en su lengua. Junto a las fábricas recién brotadas nace una nueva humanidad, que integra criaturas venidas de todas partes, sin arraigo en la tierra y sólo con una característica común: su explotación, su miseria. El proletariado latinoamericano hace su entrada en la vida y en la letra.

Cuando en el mundo se inicia una nueva fase histórica con el desarrollo del imperialismo a nuestra América toca el papel pasivo de territorio a conquistar y campo de batalla. Ya había conocido ella los pródromos del imperialismo y había tenido que luchar, en el norte, y en el sur, contra invasores extranjeros. México había padecido la invasión norteamericana (1846-1848) que la privara de la mitad norte de su territorio, y poco después, de 1862 a 1867, la invasión francesa y la farsa imperial de Maximiliano. Pero los nuevos invasores del imperialismo financiero no requerían, por el momento, de armas ni de ejércitos. Penetraban, junto a millares de inmigrantes de países empobrecidos, sucursales de bancos y representaciones de monopolios y de trusts, de las grandes potencias cargados de libras esterlinas, de francos, de marcos y de dólares. Las ciudades y los pueblos contemplaban asombrados un nuevo espectáculo.

En 1889 (escribe Adolfo Mitre en su prólogo a la novela *La bolsa* (1891) de Julián Martel (José Miró, 1868-1896) llegan al puerto de Buenos Aires trescientos mil inmigrantes; se inscriben en la matrícula mercantil ciento treinticuatro sociedades anónimas, con un capital de más de quinientos millones de pesos, y en la Bolsa de Comercio —situada en la Plaza de Mayo— las transacciones alcanzan a mil quinientos

millones por mes"¹⁸

Fertilizada por el capital extranjero, crece y prospera una nueva burguesía, una dorada estirpe de reyes burgueses como el descrito por Rubén Darío (1867-1916) en *Azul* (1888), inspirado en un personaje real, Eduardo MacClure, director del periódico *La Epoca*, de Santiago de Chile, en el cual trabajaba el joven nicaragüense.¹⁹ Ya sabemos cómo aquel Rey Burgués pintado por Darío "tenía un palacio soberbio, donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos". Cómo mezclaba a su refinamiento lecturas de Jorge Obnet "o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime, amante de la lija y de la ortografía". Un día le llevaron un poeta, hambriento, naturalmente, pero con fuerzas aún para sacudir el penacho de Echeverría y soñar con las revelaciones. Y el poeta dijo: "¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor". Pero el Rey Burgués, que no era, naturalmente, afecto a las revoluciones, replicó al poeta: "Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valeses, cuadrillas y galopes, como no preferiréis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas ni de ideales. Id."

Darío revela la actitud de la nueva plutocracia estimulada por el imperialismo, y aún señalará más adelante la significación y el peligro de éste, pero, abriendo al ruta de buena parte de los escritores de su tiempo, preferirá dar vueltas al manubrio de los valeses, antes que encararse al Rey Burgués y a sus amos extranjeros. El imperialismo es la experiencia generacional a que se enfrentan los hombres del Movimiento Modernista, y si para unos, encabezados por Darío, es ocasión para el cultivo del verso y de la prosa preciosista y sensuales, para la evasión hiperbólica, en otros, como José Martí (1853-1895), despierta, en cambio, la pasión combativa y pone el preciosismo formal al servicio de una lucha incesante por la libertad y la justicia. Toda la obra de Martí está dedicada a una lúcida batalla por la libertad de Nuestra América y por lograr, son sus propias palabras, "el equilibrio del mundo". Su visión política supera los propósitos de los ideólogos democrático-burgueses que le precedieron y abre el camino hacia nuevos horizontes' convirtien-

¹⁸ Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1946, p. IX.

¹⁹ Ver: Armando Donoso: "La Juventud de Rubén Darío", *Nosotros*, Buenos Aires, abril, 1919.

do la lucha por la liberación nacional de Cuba en una pelea más honda y amplia contra el imperialismo, sustentada sobre los hombros de las masas trabajadoras. No fue un marxista, pero preparó el camino a las soluciones socialistas. Y como entendió —y dijo— que “cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella, pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas”, por eso mismo se esforzó en hallar la expresión propia de su momento histórico, el de la lucha contra el imperialismo, que es todavía el nuestro, y por eso también mantiene absoluta vigencia su exhortación al poeta:

Junta en haz alto, y echa el fuego, pesares de contagio, tibiedades latinas, rimas reflejas, dudas ajenas, males de libros, fe prescrita, y caliéntate a la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos en que despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pie sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando a la vida su secreto.

Apuntaba José Carlos Mariátegui (1895-1930) en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), uno de los libros capitales del pensamiento latinoamericano, que

en el Perú actual coexisten elementos de tres economías diferentes. Bajo el régimen de economía feudal nacido de la Conquista subsisten en el sierra algunos residuos vivos todavía de la economía comunista indígena. En la costa, sobre un suelo feudal, crece una economía burguesa que, por lo menos en su desarrollo mental, da la impresión de una economía retardada.²⁰

Esta situación, con ligeras variantes, caracteriza a todas las naciones latinoamericanas, en las cuales la invasión del capital financiero imperialista dejó prácticamente incólume, y en algunos casos lo reforzó, el régimen feudal de la tierra, la existencia de enormes latifundios en los que el campesino —blanco, indio, negro o mestizo— permanecía siendo un verdadero siervo de la gleba. Paralelamente a la poesía preciosista, evadida, aristocratizante, del Modernismo, las narraciones naturalistas iban denunciando aquella realidad. *Aves sin nido* (1889), de la peruana Clorinda Malto de Turner (1845-1909), apareció apenas un año después de *Azul*, iniciando una larga serie de novelas indigenistas en las que autores de todo el continente denun-

²⁰ José Carlos Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, pp. 15-16. La Habana, Casa de las Américas, 1963.

cian, con compasión o con ira, la explotación del indio. Otros relatos dirán el dolor y hasta la rebeldía, a veces, del trabajador urbano y los sufrimientos de la pequeña burguesía. El naturalista zolesco y sus derivados ofrecen fórmulas para la denuncia de todas las excrecencias y deformaciones sociales. El imperialismo se afinca en el subdesarrollo de nuestros pueblos, lo mantiene y lo ahonda con la complicidad de dictadores y de la nueva casta de reyes burgueses denunciada por Darío.

El imperialismo (repasemos a Lenin) es la época del capital financiero y de los monopolios, los cuales traen aparejada en todas partes la tendencia a la dominación y no a la libertad. La reacción en toda la línea, sea cual fuere el régimen político; la exacerbación extrema de las contradicciones en esta esfera también: tal es el resultado de dicha tendencia. Particularmente se intensifica asimismo la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, esto es, a la violación de la independencia nacional (pues la anexión no es sino la violación del derecho de las naciones a su libre determinación). Hilferding hace observar con acierto la relación entre el imperialismo y la intensificación de la opresión nacional: “En lo que se refiere a los países recientemente descubiertos —dice—, el capital importado intensifica las contradicciones y provoca contra los intrusos una resistencia creciente de los pueblos, cuya conciencia nacional se despierta; esta resistencia puede derivar fácilmente en medidas peligrosas contra el capital financiero. Se revolucionan radicalmente las viejas relaciones sociales, se desmorona el aislamiento agrario milenarista de las “naciones al margen de la historia”, las cuales se ven arrastradas a la vorágine capitalista. El propio capitalismo proporciona poco a poco a los sometidos, medios y procedimientos adecuados de emancipación. Y dichas naciones formulan el objetivo que en otros tiempos fue el más elevado entre las naciones europeas: la creación de un Estado nacional único como instrumento de libertad económica y cultural. Este movimiento pro independencia amenaza al capital europeo (o norteamericano, añadimos nosotros. J.A.P.) en sus zonas de explotación más preciadas, que prometen las perspectivas más brillantes, y el capital europeo (o norteamericano, Id). sólo puede mantener la dominación aumentando continuamente sus fuerzas militares.”²¹

Esta larga cita de Lenin, que se apoya en Hilferding nos ahorra la más circuntanciada descripción de la realidad hispanoamericana, ilustrada por la producción literaria que siguió a la

²¹ V. I. Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, pp. 136-137. Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, s.f.

gran experiencia generacional que fuera la Revolución agraria mexicana de 1910. El grito de Emiliano Zapata, “Tierra y Libertad” expandió sus ecos por todo el continente y engendró una rica expresión literaria de carácter libertario y antimperialista. No hace falta acumular nombres ni citas para justificar estas afirmaciones. Hablamos de historia contemporánea, la que comenzó a hacerse con las primeras rebeliones contra el imperialismo y en defensa de la libre determinación de las naciones, de su derecho a la libertad y a la cultura, y de la que estamos haciendo ahora mismo al afiebrado ritmo que marca el acontecimiento histórico capital de nuestro tiempo: la Revolución socialista cubana. Ante ella, los escritores de todo el mundo se han sentido llamados a una urgente toma de conciencia, que se hace agónica en los de nuestro propio continente. Y esta toma de conciencia atañe tanto a los apasionados denunciadores de la injusticia que mantuvieran la línea lascasiana, como a los hiperbólicos exaltadores de lo disforme y barroco, de lo mágico a lo absurdo que suele ser entre nosotros cotidiana expresión de una persistente visión subdesarrollada de la realidad, tanto más gustada cuanto más lejana, por los estragados paladares europeos, y que poseen una absoluta y relevante validez estética. Un agudo crítico español, José María Castellet, señalaba recientemente la trascendencia de lo que él llama “la línea del meridiano de Cuba” y, al trazar los rasgos de la literatura hispanoamericana actual, vista desde Europa, destaca cuatro aspectos sugerentes, fecundantes, que constituyen, según él, la gran enseñanza de la literatura latinoamericana en los momentos presentes. Estos aspectos son, en primer lugar, “la reflexión la meditación, el intento de adentrarse sobre cada realidad nacional”. Y esto lo ve —afirma Castellet— en novelistas como Julio Cortázar tanto como en Mario Vargas Llosa, en Juan Carlos Onetti y en Gabriel García Márquez.

Otra característica que ha impresionado mucho, yo creo que fecundamente a los escritores españoles (añade Castellet), es la gran libertad formal de estos novelistas; es decir cada escritor intenta buscar a través precisamente de esa reflexión sobre cada realidad nacional en busca de una entidad; intenta encontrar los medios idóneos para la expresión, y como en realidad se trata de sociedades distintas, yo creo que es absolutamente normal que de estos escritores salgan modelos formales —por decirlo así— muy distintos y muy diversos entre sí (...) El tercer punto que yo señalaría es lo que llamaría la fantasía como embellecedora de la realidad (...) Por otra parte, yo creo que hay que señalar otro hecho muy importante para los escritores españoles: y es la gran libertad lingüística, la gran libertad en la creación, en la recreación

de la lengua.²²

Castellet precisa con agudeza los rasgos dominantes en la literatura latinoamericana de hoy, y aunque él se apoya en la prosa narrativa, valen sus afirmaciones para las obras en verso, como se desprende de otras intervenciones de autores diversos en el ciclo a que pertenecen la charla del crítico español. Críticos tan distantes en la geografía y en la perspectiva estética como el argentino Juan Carlos Portantiero²³ y el cubano José Juan Arrom²⁴ coinciden con Castellet en señalar como característico el sentido nacionalista y telúrico de la literatura latinoamericana contemporánea. Y este afán de penetrar en las esencias de lo nuestro, de lo nacional y, por intensificación, de lo americano, está presente hasta en las obras en las que la magia o lo maravilloso contribuyen a iluminar aspectos no caducos de la conciencia colectiva. El realismo mágico de *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier, por ejemplo, constituye la visión normal de pueblos que aún interpretan los fenómenos del mundo circundante a través de una mitología que precede a la explicación científica de la realidad y que para ellos es tan legítima y tan válida como para nosotros la segunda. Cuando Gabriel García Márquez borra en *Cien años de soledad* las fronteras entre lo real y lo fantástico, no hace sino continuar la tradición de una religiosidad naturalista, antimetafísica. que ilustra

²² José María Castellet: "La actual literatura latinoamericana", pp. 35-38. Ciclo organizado por el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas, Habana, Casa, 1969.

²³ "Si de alguna manera puede caracterizarse esquemáticamente el sentido actual de nuestra literatura, será por su intención apasionada de asumir la realidad que nos rodea, desnuda y esencial" Juan Carlos Portantiero: *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, Buenos Aires, Procyon, 1961.

²⁴ Arrom caracteriza a la "generación de 1954", vigente, de acuerdo con su cómputo periodológico, hasta 1984, con estas palabras:

Instalada en un mundo de reducidas distancias, es en conjunto muy universalista en la visión y a la vez muy nacionalista en la raíz. Amenazada por el peligro de una conflagración nuclear, tiende a reemplazar la angustia metafísica por la postura colérica. Solidarizada con el destino del hombre contemporáneo, quiere que sus obras sean testimonio de su tiempo y para su tiempo. Y convencida de que un pasado en quiebra no sirve para resolver las cuestiones del presente, ni acepta vivir de valores heredados ni quiere escribir apegándose a estéticas anquilosadas. Desdeña por consiguiente, la literatura de mediados regodeos, y busca la palabra esencial, el lenguaje directo, el apego a las cosas inmediatas: el pan vuelve a ser pan y el vino vino, pero un vino de zumos amargos y un pan amasado con ira: Escribe, pues, de cara a la realidad. Y como la iracundia está en todas partes — en el espíritu y en la palabra — en general predomina la frase dura, el verso agrio, el cuento y la novela neorrealistas, el ensayo denunciador y severo, y aparece en escena el teatro del absurdo.

José Juan Arrom: *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método*, Bogotá. Instituto Caro y Cuervo, 1963.

bellamente, en su propia tierra colombiana, el antioqueño Tomás Carrasquilla (1858-1940). Y aquel pasmo colombino ante el barroquismo natural de nuestros grandes árboles tropicales recargados y enmascarados de plantas parásitas, ¿no anticipa, acaso, la fascinación que se desprende para el lector europeo o europeizante, de obras como *Paradiso*, del cubano José Lezama Lima?

Sólo que la hora no es únicamente de pasmo, de fascinación o de magia, sino también de acción. Aunque no haya transcurrido el tiempo descubridor de Colón, ya estamos en el minuto, apasionado y colérico del padre Las Casas. En 1928, al celebrar el segundo aniversario de la aparición de su revista *Amauta*, Mariátegui escribió estas palabras de impresionante actualidad:

Nueva generación, nuevo espíritu, nueva sensibilidad, todos estos términos han envejecido. Lo mismo hay que decir de estos otros rótulos: *Vanguardia, izquierda renovación*. Fueron buenos y nuevos en su hora. Nos hemos servido de ellos para establecer demarcaciones provisionales, por razones contingentes de topografía y orientación. Hoy resultan ya demasiado genéricos y anfibológicos. Bajo estos rótulos, empiezan a pasar gruesos contrabandos. La nueva generación no será efectivamente nueva sino en la medida en que sepa ser, en fin, adulta, creadora.

La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituírle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis *anti-imperialista, agrarista, nacionalista-revolucionaria*. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norte América capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América Latina o Ibero, socialista. La época de la libre concurrencia, en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir, de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos, están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América Latina

idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos éstos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra —no ha obrado nunca— útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, seria y francamente, con la realidad.²⁵

Estas cuentas con la realidad ha comenzado a hacerlas ya, en Nuestra América, la Revolución socialista cubana, y, a su conjuero, la vida y la letra, en el continente y fuera de él, han comenzado a tomar rumbos nuevos. A su vez resulta ahora evidente que no habrá novedad alguna apreciable en la letra, si antes no la ha habido, sustancial, en la vida; que no hay renovación formal válida, si no se apoya en un renovado contenido; que no perdurará revolución alguna en el decir, si antes no se revolucionó el hacer. Y algo más resalta de esta experiencia cubana: que no se trata ya más, en la literatura y en el arte de ensayar poses de rebeldes o francotiradores —que es otra forma de entretenimiento bohemio o de snobismo intelectual— sino de la marcha unida, disciplinada, militante, de los creadores que se saben integrantes de un ejército en camino hacia la batalla decisiva por la liberación definitiva de América, que han advertido que la Revolución no es un ejercicio retórico sino una pelea real contra el imperialismo, en la que no son los hombres de letras los que marcan el compás. No se trata, sin embargo, de que el estruendo de las armas llegue a ahogar la pura voz del más delicado instrumento, ni de que la disciplina revolucionaria imponga temas o maneras específicos, destruyendo la libre expresión. En sus *Palabras a los intelectuales*, Fidel Castro afirmó:

La revolución debe tratar de ganar para sus ideas la mayor parte del pueblo; la revolución nunca debe renunciar a contar con la mayoría del pueblo; a contar, no sólo con los revolucionarios, sino con todos los ciudadanos honestos que aunque no sean revolucionarios, es decir, que aunque no tengan una actitud revolucionaria ante la vida, estén con ella. La revolución sólo debe renunciar a aquellos que sean incorregliblemente reaccionarios, que sean incorregliblemente contrarrevolucionarios. Y la revolución tiene que tener una política para esa parte del pueblo; la revolución tiene que tener una actitud para esa parte de los intelectuales y de los escritores. La revolución tiene que comprender esa realidad y, por lo tanto, debe actuar de manera que todo ése sec-

²⁵ José Carlos Mariátegui: "Aniversario y balanceo", *Amautai* FI, año III, n. 17 Lima, septiembre, 1928.

tor de artistas y de intelectuales que no sean genuinamente revolucionarios, encuentre dentro de la revolución un campo donde trabajar y crear y que su espíritu creador, aun cuando no sean escritores o artistas revolucionarios, tenga oportunidad y libertad para expresarse dentro de la revolución. Esto significa que dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada.²⁶

Y esa ha sido, en efecto, la política cultural de la Revolución socialista cubana. Cabe ahora a los intelectuales, a los escritores y artistas de nuestro tiempo americano comprender y sentir, en toda su trascendencia, el momento histórico que nos ha tocado vivir. Hallar para él la palabra precisa que exprese su peculiaridad, sin semejante. Aquella forma literaria capaz de revelar toda la fuerza y novedad revolucionarias que encierra, en su vibrante concisión, el octosílabo con que, Cuba primero, y ahora ya toda Nuestra América, se encara militantemente al futuro: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

²⁶ *Fidel Castro: Palabras a los intelectuales*, La Habana, Ediciones del Consejo Nacional de Cultura, 1961.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,
Avena 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10,000 ejemplares.

TOMO VI:

51. George Robert Coulthard, PARALELISMO Y DIVERGENCIAS ENTRE INDIGENAS Y NEGRITUD. 52. Benito Juárez, CARTAS. 53. Germán Arciniegas, NUESTRA AMERICA ES UN ENSAYO. 54. Aime Cesaire, DISCURSO SOBRE EL COLONIALISMO (fragmento). 55. José María Arguedas, EL INDIGENISMO EN EL PERU. 56. Justo Arosemena, PROYECTO DE TRATADO PARA FUNDAR UNA LIGA SUDAMERICANA. 57. Samuel Silva Gotay, TEOLOGIA DE LA LIBERACION LATINOAMERICANA. CAMILO TORRES. 58. Servando Teresa de Mier, QUEJAS DE LOS AMERICANOS. 59. Benjamín Carrión, RAIZ E ITINERARIO DE LA CULTURA LATINOAMERICANA. 60. Ernesto Che Guevara, LATINOAMERICA: LA REVOLUCION NECESARIA.

TOMO VII:

61. Luis Villoro, DE LA FUNCION SIMBOLICA DEL MUNDO INDIGENA. 62. Augusto César Sandino presentado por Jorge Mario García Laguardia, REALIZACION DEL SUEÑO DE BOLIVAR. 63. Arturo Uslar-Pietri, ANDRES BELLO EL DESTERRADO. 64. Frantz Fanon, ANTILLANOS Y AFRICANOS. 65. Víctor Raúl Haya de la Torre, EL LENGUAJE POLÍTICO DE INDOAMERICA. 66. José Victorino Lastarria, LA AMERICA (fragmentos).



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea.

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo